



Las notables bailarinas E. García y E. Santi.

INSTANTÁNEAS

Núm. 105.—Sábado 5 de Octubre.

1900

20 céntimos en España,



Celso Lucio.

Dar á conocer al público lector la personalidad de Celso Lucio, viene á ser tarea parecida á la de descubrir el Mediterráneo. España entera, en general, ha admirado riéndose—pero ha admirado—la *verve* inagotable y el chispeante ingenio de el autor de *El gorro frigio*, y Madrid en particular, el que pasea, que frecuenta los teatros y se divierte en teatros y paseos, acude en compacta romería á las taquillas de los afortunados coliseos que logran contar con las primicias del ingenio siempre vivo, despierto y característico de Celso Lucio.

Dicen—ignoramos con qué veracidad—que el popular escritor abandonó en buen hora el pupitre de una oficina, impulsado por la sugestión de la musa escénica y deslumbrado por la luz de las baterías.

Sea ello cierto ó no, los hechos han demostrado que Celso Lucio acertó y que ese acierto se ha traducido en *trimestres* contantes y sonantes que ¡ay! para sí quisieran muchos de los que pulsan el plectro lírico y se pasan la vida en un mundo, donde si escasea el garbanzo vil, abundan las driadas, las hadas, los rosicleres y las flores.

Los descamisados, *El vaso de agua*, *El Gran Capitán*, *Los aparecidos*, *La guardia amarilla* y otras muchas obras que por su notoriedad es inútil citar *nominatin*, son la mejor ejecutoria de un autor cómico que no cabe presentar.

¡Lástima que Celso Lucio invierta en asistir á las sesiones de la Diputación provincial, un tiempo que debiera invertir en más amenas tareas y que más redundaran en pro del general regocijo.

Y este es el único defecto que hay que señalar en Celso Lucio.

¡Mire usted que preferir ser padre de la provincia, á ser padre de otros *Descamisados*!

Instantáneas

Director:
M. Salvi.

Revista semanal de Arte y Letras.

Oficinas:
Clavel, 1, Madrid.

El Duque de los Abruzos.

El tercero de los hijos que hubo Don Amadeo de Saboya en su primera esposa Doña María Victoria, nació en Madrid el día 29 de Enero de 1873. Abdicó su padre el trono, creció el niño, y recibió desde luego educación política y militar adecuada á su posición.

Ingresó en la Marina de Italia, donde ahora ha sido promovido al empleo de capitán de corbeta. De intrépido carácter, inclinóse desde luego á las expediciones polares, y acaso ha tenido oculto su plan desde la adolescencia, pues trató de hacerse fuerte contra las bajas temperaturas, emprendiendo atrevidísimas excursiones á las más elevadas cimas de los Alpes; no contento con esto, partió para el Norte de América y trepó á la cumbre de San Elías. Ya en las alturas de las regiones boreales no le arredraron las penalidades de los explotadores, ni la triste desaparición del aeronauta André, y treinta y siete días entre helados témpanos acabaron de justificar sus propósitos.

Nordenskiöld había llevado marinos italianos en el *Fenice*; el Duque de los Abruzos, apeteciendo más, adquirió un buen balenero noruego; púsole por nombre *Stella Polare*, y le equipó de lo necesario, con una dotación de 23 hombres italianos y noruegos y 123

perros groenlandeses. En Agosto de 1899 hizo rumbo á la tierra de Francisco José, y hallando abierto el canal que separa las islas, cruzó ante el paraje donde Nansen y Johannesen vivieron el invierno de 95-96.

El 9 de Agosto los hielos aprisionaron el barco y quedó detenido próximo á las costas de la isla del Príncipe Rodolfo, á los 82 grados de altura. Preparábanse á invernar, mas la presión de los hielos abrió brecha en el *Stella Polare*. Sin duda, metiéndolo por algún *fiord*, todavía abierto, los expedicionarios lograron encallar el buque. Resistióse el invierno con temperaturas de 47 grados bajo cero, que costaron al joven Príncipe dos dedos de la mano derecha, á cuya congelación siguió la amputación para evitar la gangrena; y abonanzando el tiempo, el 11 de Marzo último se organizó la expedición al Nor-

te con varios trineos, arrastrados por ocho perros cada uno. La caravana, que se componía de trece hombres, preparó su marcha de suerte que fuesen retrocediendo los grupos gradualmente para conservar á la cabeza de la expedición la mayor cantidad posible de víveres. De los cuatro grupos, uno se ha perdido para no volver jamás; el del Duque de los Abruzos tuvo que retroceder por la congelación de los dedos del atrevido joven. El del capitán Cagni ha llegado á los 86,33 grados, pero tuvo que regresar, á pesar del buen estado del cielo, por la escasez de víveres. Ni encontraron rastros de André ni creen que haya en el Polo otra cosa que un mar congelado.

El 23 de Junio se reunieron los supervivientes, con solo seis perros, y el 16 de Agosto lograron poner á flote al *Stella Polare*, y luego arribar con él á la costa noruega, donde les aguardaba la noticia del asesinato de Humberto.

Europa toda, y claro es, Italia, en particular, han acogido con entusiasmo loco al bravo Duque de los Abruzos. Para dar idea del mérito de la expedición, recordaremos las más importantes que se han verificado.

Sebastián Cabot, en 1517, llegó al Salvador y al Estrecho de Hudson. Después de él intenta-

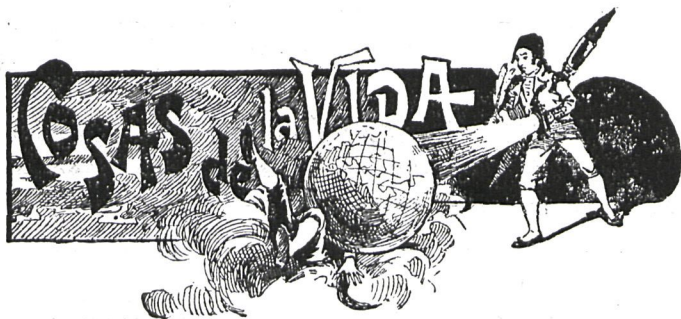
ron nuevos avances Trobriener, Davis, Hudson, Baffin, Tox, James, Ross, Parry y Franklin, que pereció con 130 compañeros en la desembocadura del río Back.

Mac-Clure llegó en 1853 al mar de Baffin, pasando por el Estrecho de Behering, y luego vinieron los expedicionarios Urane, Hayes, Hall y Nordenskiöld, que forzó en 1876 el paso del Nordeste, llegando á 82 grados 12 minutos.

El mismo año, Narks y Markham llegaron á 83,20 grados, y Greely, en 1882, á 83,14 grados.

Nansen tocó los 86,14 grados, y ahora el Duque de los Abruzos, nuestro glorioso conterráneo, los 86,23 grados, conquistando la gratitud de la ciencia y la admiración de todos.





Varias protestas.—Lo que dicen de Cuba.—Sainetes para llorar.—Paraíso «resurrexit».—La América recobrada.

Ya habrá visto el lector, y le habrá parecido razonable, que los comisionados del pueblo boer han dirigido una protesta al mundo civilizado—*vox clamantis in deserto*—contra los procedimientos seguidos por la pérfida Albión (ahora si que pega) para acabar con la nacionalidad y aun los haberes de las perseguidas habitantes de las repúblicas Sud-africanas.

Pues, bueno, á los socialistas reunidos en el Congreso de París se les ha ocurrido protestar á su vez contra las conferencias de la Haya... por ineficaces para la conservación de la paz.

Y los anarquistas, reunidos en Berlín, han protestado también de que no se les deja trabajar tranquilamente en pro de la revolución.

De las tres protestas, convengamos en que la más graciosa es la de los anarquistas berlineses que se disgustan porque no se les permite procurar tranquilamente por la intranquilidad de los demás.

* *

Ahora vienen de Cuba, con frecuencia, manifestaciones de afecto á los españoles, que celebraremos continúen después de las elecciones del primer domingo de Noviembre.

Entre ellas el *cablegrama* de Lauret á la viuda de Martínez Campos es un testimonio que nos honra en la persona del ilustre muerto.

Quisiéramos, sin desear el mal de nadie, que siguieran ocurriendo motivos para que los mambises nos anticiparan juicios históricos. Y nos comprometemos á hablarles con igual franqueza cuando llegue el caso.

* *

Con la estación ha venido la fruta teatral y hay once teatros abiertos á la pública voracidad de espectáculos.

Parece que continúa el estilo chulesco-quejumbroso y los sainetes con lágrimas recuerdan el *Manolo*, tragedia para reír, del distinguido D. Ramón de la Cruz.

El descubrimiento de que los *hijos del pueblo*, etc... en mal hora realizado por el más directo heredero del supradicho don Ramón, nos ha subvertido los términos de tal manera, que estamos amenazados de ir á llorar al circo, á reír al teatro del drama y á ponernos sentimentales en el frecuentado *ruedo* de la carretera de Aragón.

* *

Una de las penas que, en forma de sai-

nete nos amenaza, es la anunciada vivisección de la Diputación provincial de Madrid. El Gobierno tiene un plan, á creer en cuya existencia, no sólo desaparece la Diputación actual, sino todas las futuras por desaparición de la provincia.

Pero entretanto, y en vista de que en la Casa de la Provincia se han quedado sin luz para pagar las amas de cría y sin luz, porque la compañía de la eléctrica no cobraba, ha decidido considerar pardos todos los gatos provinciales y fabricarnos unos padres de provincia lo más arreglados que sea posible.

Como estas noticias coinciden con la reunión semestral de la Corporación mencionada suponemos que los comentarios serán tan sabrosos como sardinas de barril.

* *

Se ha galvanizado el *incansable zaragozano*, como le llamó una pocos días un colega y aunque al verle en Barcelona creyeron algunos que iba á entrar en funciones en su escribanía titular, no hay nada de eso: el Sr. Paraíso se ha limitado á decir que está dispuesto á aceptar de nuevo la presidencia de la Unión Nacional, y que si se la dan irá á Cádiz y allí dirá una porción de cosas, que por lo visto no pueden decirse en otra población.

La verdad es que estamos expuestos á que nos regeneren el día menos pensado.

* *

No se ha perdido todo, digan lo que gusten las *dueñas doloridas* que se pasan la vida llorando sobre las ruinas de Jerusalén.

La industria nacional del *timo* continúa en funciones, sin solicitar protección de nadie, tener crisis, ni agobiarnos con problemas de solución difícil.

El magno trabajo de la aproximación de la joven América á su madre patria lo están realizando *en especie* varios socios que para nada precisan la celebración de Congresos.

Ya han entrado en *relaciones* con varios señores del Nuevo Mundo, y como por allá leerán que de dos meses á esta parte se desubre en España un tesoro oculto cada tres días, no tendría nada de particular que crean que se ha hallado hasta el Tesoro nacional, que todos dábamos por perdido.

Manuel M.^a Guerra.

EL CORAZÓN DE CRISTAL

(CUENTO RELÁNPAO)

La emoción más profunda estaba reflejada en el hermoso y juvenil semblante de Elisa. La pobrecilla á duras penas podía contener el llanto que á sus rasgados ojos acudía, y cubriéndose el rostro con finísimo pañuelo, articulaba frases de gratitud, que Luis procuraba retener en su mente, cual si las dulces palabras de su amada pudieran ser un lenitivo al inmenso dolor que le embargaba el alma.

Tenían que separarse, y ¡tal vez para siempre! Y esta idea les atormentaba, pues habían nacido el uno para el otro, y el intentar separarlos era suficiente para desgarrar aquellos corazones henchidos de amor y deseosos de felicidad.

Mas era necesario tener valor para despedirse; las miradas se cruzaron, miradas de esas que son más elocuentes y que dicen más de lo que nos podemos imaginar; y Luis, estrechando con sin igual pasión la alabastrina mano de la joven, vió desprenderse de los ojos de su Elisa una lágrima que, cual líquida perla, resbalaba por aquellas mejillas de cielo, sin dejar huella de su paso... Y allí, en la reja que tantas veces fué testigo mudo de juramentos y promesas, quedó aquel ángel terrestre con el alma emocionada, mientras que Luis alejábese lentamente, volviendo de cuando en cuando la cabeza y dirigiendo ardientes miradas que, cual los rayos del sol, filtrábanse á través

de la ventana, yendo á dar calor al helado corazón de la joven Elisa.

Algunos árboles desparramados por la árida llanura animaban el paisaje, en cuyo fondo se contemplaba el Guadarrama envuelto en su nivea capa.

Todo era frío en derredor; sólo existía calor en el corazón de Luis, que impaciente escuchaba el silbido de un tren que se percibía ya cerca y que avanzaba con vertiginosa rapidez, cual si temiera llegar tarde á su destino.

—¡Adiós, Luis mío; ahí va mi corazón! —exclamó argentina voz, que surgió de interior de un coche del tren que se alejaba; en tanto que Luis quedábase inmóvil, sin poder pronunciar una palabra ¡Tenía tantas cosas que decir, que las frases se apiñaban en su garganta, y queriendo salir todas á la vez, no salía ninguna!

Pero si bien no dijo nada con la boca, con el alma gritó: ¡adiós!, y aquel grito debió repercutir en los oídos de ella y llegar á lo más interno de su ser.

Poco después, Luis fijábase en un sobre que había en el suelo; apresuróse á recogerlo y lo abrió con ansiedad. ¡Era una carta y... un corazón de cristal!

«Mi siempre inolvidable Luis: hace tiempo te entregué mi alma; recibe en este día mi vida entera, y á cambio de esto, me atrevo á rogarte que no me olvides. Ahí va ese dize, ese corazón que tanto te gustaba, y que lo mismo en mis alegrías que en mis penas colgado estuvo en mi pecho junto al otro, junto al que sabes que sólo late para ti. ¡Adiós! Tu

ELISA.»

Luis temblaba; su emoción era inmensa... Besó aquel pedazo de cristal, que le recordaba las horas felices de su vida... y en tanto en el tren, que ya lejos apenas si se divisaba, la pobre Elisa, bañada en un mar de lágrimas, exhalaba suspiros y sollozos.

Miguel de Zárrega.



CANTARES

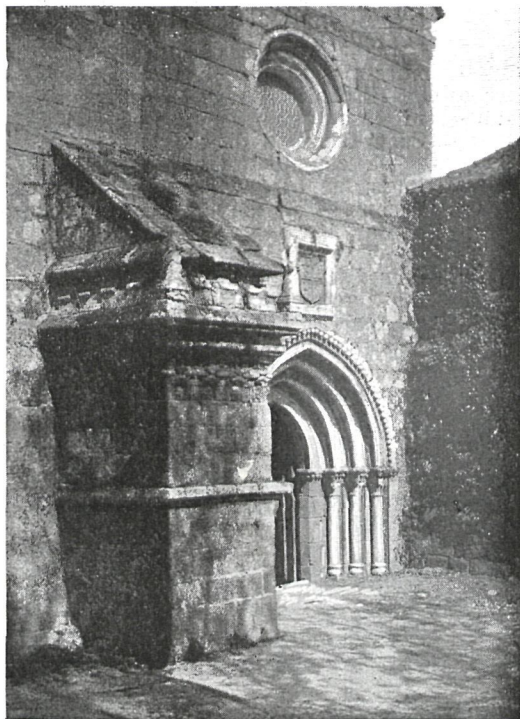
Quemó mi pecho un cariño
que apagaron los desprecios;
hoy se lleva las cenizas
el viento de los recuerdos.

Te dirán que no te quiero,
eso me dicen á mí;
no te fíes de la gente
que vive con el decir.

Ya tus caricias me tienen
con una cadena al cuello,
hecha para esclavizarme
con los rizos de tu pelo.

De tanto sufrir desprecios,
ya verás cuando me muera
como escriben en mi tumba:
«este se murió de pena.»

Luis del Arco.



PORTUGAL—Puerta de Mosteiro de Cette,
fundada en 786.

Inst. de Durango.

EL DESQUITE

En la reja, ese mentido jardín donde los enamorados entablan pláticas apasionadísimas, que á veces son interrumpidas por el canto de la alondra y el alborar del día; en la reja, ese deleitoso cachito de gloria donde un hombre y una mujer riman el dulce madrigal de sus amores, cose Rosario blanca ropa.

Al verla, Pinturas llega hasta ella con actitud resuelta.

—Aquí me tiés atraído por las luminarias e tus ojos serranos...; y de aquí no me voy hasta desirte una cosiya que se m'está repudriendo en er pecho.

—Pa que yo la escuche hay un inconveniente mu grande... En cá iglesia se repica á gusto der sacristán, ¿verdá? Pos la ermitiya qu'estás mirando tié er suyo. Y al hombre, qu'es mu caprichoso, se l'ha puesto en la sesera er que no eche yo las campanas á vuelo tos los días, y mucho menos si los repiques van á serví pa recrearle los oídos á un señorito e tu calaña... Y aluego, como no es ningún misterio esa cosa, pues ahórrate er trabajo e contármela.

—Rosariyo, deja que tus labios, más frescos qu'el agua que se resuma en esa jarra y más ensendíos que las flores de los granaos, se muevan pa desirme las palabritas que tanto ambiciono... ¡Dame ese gusto, matita e romero!

—Manque estés mu malito der mal d'amores, no pueo date la meisina que deseas, bien lo sabes.

—Tus despresios me tienen medio loco. La locura siega, Rosario, y pué ser que, siego, le parta er pecho e una puñalá al hombre que me roba tu cariño.

—Presume, y aluego te pasa iguar que á los cohetes: se ensienden mu pronto, se remontan mucho, dan er tronío, y... luse-sitas e tós colores que s'apagan antes e yegar ar suelo... Eeo son tus bravatas: luses que s'apagan.

—Provocativa estás.

—Lo que estoy es más achicharrá que San Lorenzo, e verte cogío á los hierros e mi ventana. De ti no quieo ¡ni la sava-sión divina! Con que largo... No des tiempo á que venga Refaliyo y tengas que dir á echarte un sursio en er peyejo.

De un portazo violento cierra Rosario las persianas. Pinturas, nervioso, iracundo, terriblemente excitado, se echa á la cara el sombrero cordobés, y, con paso



tardo, desaparece tras la esquina de la calle.

Sobre la alfombra de fuego que fingen las llameantes velas del altar, abre sus brazos una cruz acicalada con joyas, flores y rosarios; por dosel tiene un pañolón filipino. Manojos de rosas y azucenas, de lilas y claveles la embalsaman con sus aromas.

Embebecido, el novio de Rosario, Rafael, mira la deslumbrante luminaria.

—Artar con más lujo no lo hay en er barrio, Carmela. ¡Bien sabes conservar nuestras costumbres!

—Eso sí, Rafael. Y mientras viva, en mi casa lusirá siempre, en este día, la Santa Cruz.

—Y con muchas flores y con muchas luses; manos que l'adornen no han de faltarle—dijo, muy satisfecho, el marido de Carmela.

—Todo eso está mu bien, Antonio, y onjalá susea como tú quieres; pero... ¡mirar la guitarra! De ver que no hay unas manitas que atiranten sus cuerdas, está más aburría que un charco.

—¡¡Baile!... ¡¡Baile!...—gritan á coro las mozas y los hombres.

Trina la guitarra.

En éste y en aquel lado estallan risotadas y palmadas...

—Rosario, ¿quiés lusir una mijaja ese cuerpo bonito?—le pregunta Rafael.

—¿Por qué no?—responde ella, devorándolo con los ojos.

Bailan.

Ella, risueña, con el rostro encendido, palpitante el seno, magnífica, seductora... él, desenvuelto, muy estirado, ebrio de júbilo y de orgullo... Airosos, ya giran ligeros, ya se mueven con la dejadez provocativa de una bayadera; haciendo lindezas prolijas, afiligranan las diversa



mudanzas del baile. Del cerco de mirones salen dichos donosos y entusiastas jolés!.

De pronto, al ver en la puerta de la habitación á Pinturas, ambos enamorados se quedan inmóviles; al rostro de Rosario asoma la palidez de las magnolias, al de Rafael una oleada de sangre.

Avanza Pinturas, con la altivez de un moro, hasta donde Antonio está; retando á su rival con agresiva mirada, exclama:

—Venga esa guitarra, Antonio, que quieco yo echar mi copliya.

Y lleno de ironía, de sus labios brota este cantar:

En Santa Marina entré:
salieron los piconeros
que me querían comer.

Rafael, ciego de coraje, pretende ensangrentar en los labios de su rival la última frase de la copla, cuando Rosario contesta:

El cariño de mi alma
ni se compra ni se vende;
quiero á un probe, y lo querré
hasta la hora de mi muerte.

Despechado, replica Pinturas:

No pienses que por tu amor
me derrito como sera;
yo soy de tal calidá
que el mismo fuego me hiela.

Desgarra el aire la voz de Rosario, que dice:

No quiero que me quieras
ni yo quererte;
sino que me aborrescas
y aborreserte.

Con potente y desdeñoso tono, canta Rafael:



No pienses que por ser rico
has de valer más que yo;
tu oro es moneda que rueda
y mi oro es mi corasón.

—Yo te lo partiré—grita Pinturas, arrojándose, cuchillo en mano, sobre Rafael.

Antonio descarga sobre el agresor un silletazo enorme; el cuchillo voltea en el aire y cae entre las flores del altar, donde fulgura con vivos destellos.

**

Callado está el patio.

Un farol de mortecina luz retrata su esqueleto de latón en las piedras del zaguán. En las sombras del emparrado, Rafael, la cabeza entre las manos, mira el ir y venir de inquieto gusanillo de luz...

Aparece un hombre en la penumbra del zaguán.

—¡Pinturas!

—No me digas ná. Dende anoche sé que te debo una reparación.

—La quieco ahora mesmo, ya que ar fin te encuentro. Aquí, solos, frente á frente, como pelean los hombres, ca cual con su hierro en la mano, ajustaremos nuestra cuenta... Apunta bien y quer brazo no te tiemble al dar el golpe.

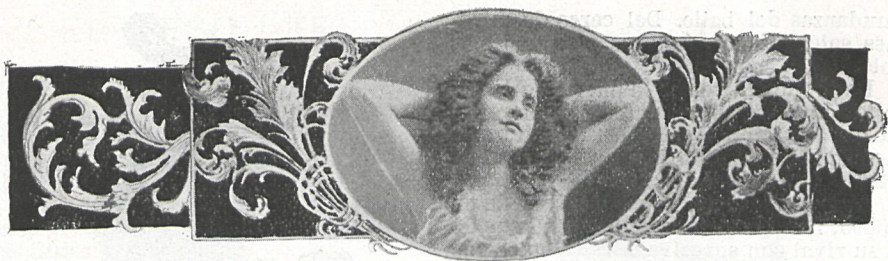
Relumbran los cuchillos, suena un ¡ay! desgarrador, y Pinturas cae pesadamente sobre la arena.

Blandiendo en la diestra el ensangrentado cuchillo, exclama Rafael, con salvaje complacencia:

—Cobré lo que me debía; ¡er desquite!



TURQUÍA—Constantinopla: el Bósforo.



EVANGELINA

LA BELLA PEREZOSA

No sé quién dijo que la *pereza* es facultad de los dioses... Yo no trato de arrebatársela la *exclusiva*, si la gozan; pero me inclino más á creer que es la facultad de las hermosas...

Y no confundamos nunca lo grosero de la molicie con la «ideal pereza», ese soplo divino que, sin llegar á entumecer, envuelve á los miembros en una plácida atmósfera de seducción... ¡atmósfera deleitosa en la que las deidades del amor danzan al compás de una canción, cuya melodía recuerda tantos corazones amantes... y cuyas estrofas se riman en el ardiente beso que la pasión enciende en esas bocas innúmeras que constantemente dibujan un suspiro voluptuosos!...

Alguien ha pretendido despojarla de su aureola de poesía, haciéndonosla ver como engendradora del *bostezo*... ¡¡¡já ella!!!... ¡já la pereza!, que apenas se agita, y que, cuando sus poéticos y arrobadores ensueños la adormecen, delicada suspira...

Su muda elocuencia impone, y casi aciertan á modular palabras los que la contemplan reclinada en la *chaise longue* del tocador á media luz, todo misterio, santuario de la belleza, templo de amor, donde Evangelina, los párpados entornados, la frente ardiente y un tanto descuidada, dibuja sus mórbidos contornos, que en la indecisa obscuridad apenas se esfuman, y hace temblar, bajo su hermosa humanidad (quién sabe si de emoción), los muelles del elegante y afortunado mueble.

Evangelina, por la imperiosa necesidad de su temperamento, entorna sus párpados adormecida, tanto que aquella criatura indolente diríase que había nacido para el reposo, si no desmintiera la aparente y trastornadora quietud que la adormece, el inquieto contorno de su seno...

¿Dónde había nacido?... ¿de dónde venía?... ¿Oriental?... ¿Andaluza?... ¿En qué tierra se bautizó tal portentoso?... En una pobre aldea, cuyos vecinos son todos pacíficos y humildes labradores.

Evangelina nació delicada, mas no enfermiza; y pronto sus padres comprendieron que la niña sería con el tiempo muy hermosa; sus manos, finísimas y de corte aseñoritado, no manejaron el fresno para acariar á las vacas rezagadas, y la aguja de la calceta permanecía ociosa en la faltriquera, en lo que ella, con sus finos dedos deshojaba las margaritas, que cuando sobre la hierba se tendía la besaban, quién sabe si creyéndola una hermana.

Evangelina crecía; reventando la saya por algunas partes, la mortificaba, y la aspereza de tal vestimenta no era ya de su agrado, cuando la sorprendió el amor... Pero un amor romántico, lánguido, y como ella perezoso; y el constante sopor se acentuó aún un tanto, y aquel amor, de fijo, no velaba.

* * *

Creyése feliz; pensó que su cariño la modificaría un tanto; pero... se engañó, se engañó cruelmente para ella; Genaro había sido su señor, su rey, su ídolo... hasta aquel día que la encomió la necesidad de trabajar; y entonces, á no ser por su cariño, de fijo hubiera habido una ruptura... Y el caso, que no la faltaban motivos para ello: ya sabía que la tenían envidia, mucha envidia, y que Genaro sería rifado el mejor día, á no oponerse; pero... estaba ella allí, ella, que le adoraba, y cuyo corazón amante consentía todo, todo menos la usurpación, y... decía que velaba, aunque por lo menos aparentemente lo desmentía...

Ya lo verían todos; la *Perezosa*, como la llamaban, conservaría su amor como oro en paño, como lo más rico, como lo más hermoso, como lo más precioso de su existencia; y si lo dudaban, bien poco tiempo les quedaría para convencerse: hasta la noche, bien poco tiempo, dos horas apenas...

María de la O se lo disputaba; bueno; la escena sería pintoresca, su triunfo sorprendente, su dicha inmensa...

Ya sabía todo el partido que aquella tarde se dirimiría una contienda de amor en pleno baile.

Y la *Perezosa* sonreía, segura de su triunfo, segura de su amor, de su belleza; y en lo que sonreía sus párpados se entornaban, un poco cada vez, luego ya... más; del todo luego, hasta que se durmió completamente...

Sonó mucho, mucho; ¡Quién sabe cuánto!... ¿Para qué afanarnos en seguir el pensamiento de una mujer dormida, si nos es imposible aun despierta?

Por fin despertó, todavía sonriente, seductora, soberanamente hermosa... y el *Angelus* la sobreecogió un tanto en lo que en sus oídos resonaba triste música del baile, allá, á lo lejos; pero no alegre, sino fúnebre; diríase que para ella aquellas notas eran el triunfo de otra, el adiós de juramentos y promesas, el llanto de la vendida...

¡No había ido al baile!... ¡Se había dormido!... ¡Perdió su amor!...

LA RISA

INSTANTÁNEAS

REFRANES

Quando canta el abad, responde el sacristán.
— Padre Fray Francisco, no cante el Evangelio, que está ahí el hermano Tetuán y no lo eres en boca de su merced.
— Calle el lego; que menos lo creerían en la suya.



En Octubre la tierra estercola y cubre.

Grano á grano cosecha para un año